

PIKETTY, Thomas. *Capital in the Twenty-First Century*. Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press, 2014, 696 pp.

El libro *El capital en el siglo XXI* de Thomas Piketty se publicó el año 2013 en francés. Piketty era más conocido en la academia en ese momento por ser parte del grupo de economistas (Emmanuel Saez, Tony Atkinson, Facundo Alvarado, entre otros) que había compilado (y puesto en línea) una increíble base de datos sobre la historia de la desigualdad en varios países, *The World Top Income Database*. Este trabajo, en el caso de Piketty, se remonta a quince años atrás, cuando lo empezó con su estudio sobre la historia de la desigualdad francesa. La publicación de la traducción en inglés de su libro fue una revolución a nivel mediático para el autor francés. Sobre esta «Pikettymanía» hay poco que añadir a lo que otros han expuesto. Un análisis de las causas comunicativas, sociológicas y culturales (las redes sociales, la sensación de que la crisis no golpea igual a los estratos sociales, cierta renacida popularidad de una radicalidad de izquierda, etc.) de un evento de ese tipo será tarea de otros y no es de real relevancia para esta reseña. Son dos los puntos que me interesa resaltar aquí, como lo que posiblemente quedará como las herencias tangibles de este libro una vez que la polvareda de desmesuradas alabanzas y críticas desorientadas se disperse. El primero es el método de medición de la desigualdad histórica; y luego, la propuesta por un cambio de paradigma metodológico para la economía. Finalmente, quiero también ensayar algunas anotaciones desde el Perú sobre las propuestas del autor. El tema del libro es muy simple de reseñar: se trata de dar una interpretación teórica a una serie de estadísticas de más de doscientos años sobre la desigualdad en una treintena de países (entre los que están los más desarrollados del mundo) recopiladas y construidas con una nueva metodología. Como se sabe, la interpretación es que el sistema capitalista, como está diseñado (donde las fuerzas divergentes superan a las convergentes), tiende a ensanchar la desigualdad de ingresos; por eso se hace necesario, tanto para sostener el sistema como para hacer justicia al principio democrático, tomar pasos políticos que resuelvan la desigualdad. De alguna manera, entonces, el primer elemento, el suelo de roca del libro, es el método que reconstruye las series históricas. ¿Cuál es la novedad de este método? ¿Es válido? ¿Cuáles son sus ventajas y desventajas?

Lo primero aquí es dejar en claro la distinción entre el método de Piketty, que se centra en los registros de impuestos disponibles, y la estadística de la desigualdad producida a través de encuestas de hogares, método que suelen usar las instituciones estadísticas en el mundo y que se ve resumido en el índice Gini. El método de Piketty aparece ante la sospecha de un sesgo en estas mediciones clásicas de desigualdad; este se debe a que las encuestas de hogares no suelen acceder al grupo en donde se concentra más la riqueza, y por lo tanto estas arrojan un nivel menor de desigualdad. En cambio, los datos fiscales apuntan decididamente a ese pequeño porcentaje que acumula más la riqueza, para efectos de cobranza y mantención del Estado. Asimismo, este enfoque en el 1% o 10% de la

población con más ingresos dice más sobre la desigualdad al no-especialista que hablar de índices de entropía o del coeficiente Gini. En suma, los datos fiscales tienen la ventaja de estar disponibles en largas series (prácticamente desde que se estableciera un Estado y una burocracia más o menos organizada), dar cuenta de ese porcentaje que suele ser invisible en las encuestas de hogares y ser más útiles a nivel retórico.

Las desventajas de este método son, sin embargo, que los datos fiscales adolecen de posibles fallas en representar realísimamente al conjunto de la población, sobre todo en países en desarrollo o durante épocas pretéritas del Estado (cuando su burocracia era ineficaz en el registro de la riqueza de la población). Es decir, hay un gran grupo de la población sobre las que los datos fiscales no dicen nada. Por otro lado, hay discontinuidades en las series debido a, por ejemplo, cambios en los parámetros para cobrar el impuesto (paso de un impuesto a la tierra a uno a la renta, cambios en la definición de la unidad fiscal, etc.). El trabajo de Piketty y sus socios ha sido superar las discontinuidades de estas series, realizando ajustes y proyecciones. Por eso, ya sea para replicar el método o para criticarlo, es preciso que el interesado lea también los apéndices y anexos que el autor ha subido a su página web, ya que es ahí donde están las sutilezas del trabajo de reconstrucción de las series. La moraleja de esto es, como mencionó Branco Milanovic (Banco Mundial) en una reseña positiva del libro de Piketty, que la tarea pendiente es buscar una forma de fusionar las bondades de la imagen que nos dan los datos fiscales (visibilizar el 1% más rico) con la imagen de las encuestas de hogares (una presentación de la distribución de ingresos de la mayoría de la población).

El otro tema que deseo resaltar es el argumento en el libro a favor del estudio histórico en economía, así como la búsqueda de complementar la economía con las demás ciencias sociales. Esta iniciativa no es nueva, sino que se remonta a siglos atrás y es cíclica en la historia del pensamiento económico. Se puede ver como una reedición de lo que los economistas alemanes y austriacos en el siglo XIX llamaron la *Methodenstreit*: la disputa por cuál es el método correcto para la economía entre la abstracción matemática y la investigación histórica. Pareciese que un péndulo histórico diera la razón a cada uno de estos bandos cada cierto tiempo y en los últimos años se hacen cada vez más sonoras las voces críticas (Krugman, Stiglitz por mencionar dos premios Nobel) con respecto al actual dominio del método más inclinado hacia la abstracción matemática. Este reclamo se ha visto reforzado tras la crisis económica reciente que ha puesto en cuestión el consenso neowalrasiano – neokeynesiano y dado relevancia a enfoques más institucionalistas, keynesianos e incluso neomarxistas. En este panorama el evento Piketty es mayúsculo, no solo porque reclame esta pluralidad disciplinaria en la economía, sino porque su libro es la prueba de la plausibilidad de ese enfoque: un trabajo riguroso, claro y político que puede criticar ‘desde dentro’ sentidos comunes de la actual teoría económica. Su ácida crítica a la fijación estéril, con pequeños ajustes, en modelos ya santificados por los supuestos teóricos no significa un rechazo a la rigurosidad, sino que invita a revisar adónde apunta tanta rigurosidad, si a preguntas técnicas

y trivialidades econométricas, o más bien hacia las preguntas fundamentales de la economía respecto al crecimiento y la distribución de la riqueza. Esto no quiere decir que la teoría que deriva de su trabajo histórico sea correcta, pero lo acertado, en definitiva, es el campo de trabajo y articulación disciplinaria que abre, obligando prácticamente a todo quien quiera refutarlo con coherencia a fijarse en la historia y las ciencias sociales. Para finalizar, me gustaría apuntar al impacto que podría tener el libro en el contexto peruano. Un primer apunte sobre esto es que el libro de Piketty tiene poco que decir (aún) sobre países emergentes con las características del Perú. Esto debido a que todavía no se ha podido producir series históricas de las desigualdad (ratio capital/ingreso, ratio de concentración del capital, etc.) para la mayoría de los países emergentes. En el caso peruano (que debe ser similar a muchos otros países), existen dificultades para medir la desigualdad anterior a mediados del siglo XX; los datos oficiales escasean y se hace necesario buscar métodos alternativos (demográficos, cualitativos, etc.), variables proxy que permitan reconstruir algún indicador comparable con las series posteriores. Asimismo, es necesario también un ajuste de las estadísticas de desigualdad que ha producido el gobierno basándose en las encuestas de hogares que, siguiendo a Piketty, subrepresentan al sector más acaudalado. Algo de eso se está haciendo; por ejemplo el próximo libro de Waldo Mendoza, Carlos Contreras y Sinesio López sobre los determinantes económicos, políticos e históricos de la desigualdad dará un paso importante en esa dirección, además de proponer una visión interdisciplinaria. Pero me atrevo a decir que dudo mucho que el mapeo de los países emergentes, una vez realizado, altere en demasía el diagnóstico pesimista respecto al capitalismo que plantea Piketty, ya que todo el crecimiento que aún podemos tener por delante no da signos de poder resolver la pesada herencia de desigualdad que cargamos de siglos.

Stephan Gruber Narváez
Departamento de Economía
Pontificia Universidad Católica del Perú